

## 9. Al Diablo con ello...

La habitación a la que me condujo estaba llena de velas encendidas y pequeñas lámparas de aceite. Al menos debía haber diez luces brillando desde los rincones, colgando aquí y allá de las paredes. Yo aún paladeaba el sabor del delicioso cordero *pilau* servido en la cena por mi anfitrión cuando entré en el cómodo cuarto. Hacía mucho tiempo que no me había sentido tan satisfecho. Me encontraba incluso recién bañado y vestía ropas limpias. Los aldeanos habían retirado mis ropas sucias para lavarlas, un acto tradicional de hospitalidad en Afganistán.

Muhammad Jan me condujo a la habitación y me señaló el lugar donde podía encontrar agua durante la noche. Él tenía un aspecto bastante viejo mientras cojeaba alrededor del cuarto, encorvado por toda una vida de agricultor y combatiente. Muhammad Jan me pidió que probara la cama para ver si era cómoda. Me introduje bajo la manta acolchada y me di cuenta de que podía desmayarme de lo extenuado que estaba.

- Gracias, Muhammad Jan. En verdad es excelente, muy cómoda –dije medio dormido.

Él sacó una botella del bolsillo de su chaqueta y la abrió. Vertió en su mano algo del líquido y lo roció sobre la manta bajo la cual me había acomodado. La fragancia del agua de rosas alcanzó mi nariz y de inmediato me trajo una sensación de alegría.

- Sikandar Khan, ¡qué pueda yo sacrificarme por ti! ¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer por ti?- Al decir esto agregó el término honorífico de “Khan” para enfatizar su respeto por mí.

- Gracias por toda tu amabilidad Mamad Jan. Solo hay una cosa. ¿Podría molestarte para que apagues las luces?

- Sikandar Khan, ¿acaso prefieres no tener las luces?- preguntó él, con un tono de evidente decepción en su voz. Era un lujo tener tantas velas y lámparas colocadas alrededor de un cuarto. En verdad la forma en que las lámparas lanzaban sobre los muros las sombras de llamas danzando unas sobre otras hacia que el cuarto pareciese mágico. La ligera decepción de Muhammad Jan me permitió imaginar como, en mi lugar, él habría pasado horas recostado disfrutando del juego de las formas sobre los muros y del resplandor emitido por las numerosas lámparas.

- Sí, Muhammad Jan. Preferiría que quedasen apagadas. Verás, en nuestra cultura nosotros siempre dormimos en la oscuridad. Las lámparas, hermosas en verdad, me han agradado y te doy las gracias por tan maravillosa hospitalidad.

- Sikandar Khan, que puedas tú vivir por siempre. Apagaré las lámparas y te dejaré para que duermas.

Dormí profundamente durante la noche, y salí del sueño profundo solo en un par de ocasiones para percibir la fragancia del agua de rosas y la suavidad de la manta acolchada. Desperté al amanecer con el sonido de la llamada para orar.

Me encontraba en Gelim Baf, una pequeña aldea en la provincia de Faryab al norte de Afganistán, en la carretera que va de Darzab hacia la ciudad de Maimana. Cuando me detuve allí, el día anterior, una pareja de uzbekos que conocía de Darzab me invitaron a pasar la noche. Quería consultar con ellos respecto a como seguía la ruta. Necesitaba la mejor información que pudiera conseguir sobre la mejor manera de acercarme a la ciudad de Maimana.

Maimana, la capital de la provincia, no había recibido una visita de una delegación de la ONU en muchos años. Mi misión era establecer una relación de trabajo con el gobernador de provincia, Hashim Paikar, y el alcalde de Maimana, Dr. Abdul Ahad Ulusi. El Director de la Misión, Jacques Beaumont, un mes antes había hecho contactos diplomáticos con el enviado del Alcalde Ulusi para incluir a la ciudad en nuestro programa de asistencia contra la hambruna. Yo iba a dirigir la primera delegación para entrar en la ciudad de la que había escuchado historias horribles por parte de los mujahidines. Ellos me contaron respecto a las torturas y asesinatos en la ciudad y sus alrededores, llevados a cabo por grupos de “milicias”, un término extranjero que ahora se utilizaba para nombrar a los mercenarios que habían hecho gran parte del trabajo sucio del régimen comunista.

Era un día cálido, a mediados de mayo en 1990. Yo sabía por mis viajes en la región, en el año anterior, que nubes de plagas de insectos devoradores de trigo pronto aparecerían sobre los campos del norte de Afganistán. En los bazares el precio del trigo ya estaba subiendo por la expectativa de una mala cosecha. La sequía en marcha y las preocupaciones sobre los insectos solo empeoraban las cosas.

Mi chofer Asaf y yo partimos mientras el sol ascendía sobre las montañas. Nosotros contábamos en la misión con otro vehículo de la ONU, un enorme camión que transportaba un lote viejo de pesticida ruso para ser distribuido entre los aldeanos de la región. A primera hora de la tarde llegamos a las afueras de Maimana; de repente se escucharon

disparos. Asaf detuvo nuestro pequeño camión Toyota y esperamos para ver que sucedería luego. Algunos mujahidines vinieron hasta nuestras ventanillas, gritando y preguntando por que no nos detuvimos cuando ellos nos lo ordenaron.

- No los escuchamos –les respondió Asaf a gritos-. No sabíamos que este era un puesto de control.

El combatiente irritado respondió:

- ¡Todo el mundo sabe que este es un puesto de control!

Otro hombre nos preguntó: - ¿Quiénes son ustedes y adonde se dirigen?

- Perteneceemos a las *Malell-i mutahid*, las Naciones Unidas. Estamos yendo a Maimana –contestó Asaf.

El combatiente preguntó: - ¿Quién es la *Malell-i mutahid*?

- ¿Nunca has escuchado hablar de las Naciones Unidas? –Dije con sorpresa-. ¡Ellos son la organización global con representantes de todas las naciones alrededor del mundo!

- Bien, nunca escuche nada sobre ellos. Tendrán que detenerse más adelante, en el cuartel general mujahidin.

De todos modos yo había planeado detenerme allí, antes de ir a Maimana y antes de que se hiciese demasiado tarde. Quería asegurarme de que no hubiese un baño de sangre mientras cruzáramos la a menudo violenta “zona desmilitarizada” (DMZ), justo en las afueras de la ciudad.

- Perfecto, ¡tú nos mostrarás el camino! –respondí.

En el cuartel general no había ningún oficial mujahidin de alto rango con el que pudiera hablar. Le dije al asistente que nos había invitado a entrar al edificio gris, que nosotros teníamos un problema de tiempo y necesitábamos llegar a la ciudad antes de que oscureciera.

- Por favor solo espera, espera. Ellos ya regresan. Están en una operación. Ellos estarán de vuelta en poco tiempo. –Dijo el asistente.

Esperamos casi dos horas antes de que el comandante local, Malang Kur, volviera y hablara con nosotros. Él pertenecía a la organización Jamiat Islami, tal como debía ser conforme a lo que me habían informado. Lo que me sorprendió fue que él no sabía que estábamos en camino. Algunos días antes había hablado con representantes del comandante

de más alto rango del cuartel general de los mujahidines en la región, Hafizullah Arbab, y me habían asegurado que el comandante local estaría listo para recibirnos y ayudarnos.

- Señor Comandante, representantes de Jamiat me dijeron que tú sabrías acerca de nuestra llegada. Esto debería haber sido solucionado días atrás. –Dije.

- Hermano Sikandar, ¿ves esta mancha en el piso? Es la sangre del comandante con el que tú esperabas encontrarte aquí. Él fue asesinado un par de días atrás por uno de sus asesinos –me respondió.

Malang Kur se refería a los asesinos contratados por el gobierno marxista. Luego añadió:

- Por ahora yo le estoy reemplazando. Te ayudaré si puedo. Pero no se nada de tu misión.

Pregunté: - ¿Tienes alguna forma de ponerte en contacto con el Comandante Hafizullah Arbab? Es muy urgente. ¿Tienes una radio?

- Sí, tenemos una radio, pero tendremos que subir a la cima de la colina donde se puede recibir la transmisión.

Otra vez nos dejaron con su asistente mientras Malang Kur subió con otros hacia la colina para intentar ponerse en contacto por radio con el Comandante Arbab. El tiempo volaba y crecía mi preocupación por saber si podríamos llegar a la ciudad al anoecer. Los funcionarios de la ciudad de Maimana nos estaban esperando allí ese día. Al mediodía yo ya me había puesto en contacto con nuestra oficina para confirmar esto, antes de que fuésemos detenidos en el puesto de control. Ahora parecía dudoso de que pudiéramos llegar antes de que oscureciera. De pronto el comandante regresó.

- Sikandar Khan, hablé con el Comandante Arbab- dijo con excitación y un semblante de disculpa- Él me habló acerca de tu misión. Ha dicho que debería hacer todo lo necesario para ayudarte. Por favor perdóname por demorarte. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

- Por favor, Malang Kur, necesitamos partir ahora. Debes informar que nosotros estamos cruzando y penetramos en la zona desmilitarizada. No debe haber combates durante las siguientes dos horas. ¿Puedes asegurarme eso?

- Sikandar Khan, no hay ningún problema. Nosotros nos ponemos en contacto enseguida con todos los comandantes de nuestro bando y daremos las instrucciones de inmediato.

Malang Kur finalizó nuestra conversación con un gesto de cortesía, al invitarnos a una comida, aunque sabía que no podíamos aceptar.

- Estaría feliz de acompañarte en otra oportunidad.

De inmediato hice contacto por radio con la oficina de la ONU en Mazar-i Sharif, y le pedí a Jacques Beaumont que realizará un contacto final con los funcionarios de Maimana. Nosotros estábamos dirigiéndonos hacia allí.

El sol ya se había puesto cuando penetramos en la zona desmilitarizada. El cielo mostraba una luz casi púrpura detrás de nosotros en el este y rojo sangriento adelante en el oeste. Tras unos pocos minutos, nos encontramos con el primer puesto de control de la milicia. Asaf se detuvo y estacionó donde el oficial le indicó. Pronto un vehículo vino desde la otra dirección y se detuvo cerca de nosotros. Observé como un hombre de aspecto extraño salía del lado del pasajero.

Había algo muy extraño respecto a la forma en que este hombre se movía. Él era alto y delgado, vestía un uniforme del tipo marxista que exageraba su aspecto larguirucho. El hombre caminó hacia nosotros, lanzando miradas furtivas en todas las direcciones, su cara angular se contraía ligeramente de lado a lado y ocasionalmente se detenía. Intentaba comprender a que me recordaba. Era algo familiar pero por completo fuera de lugar. Pensé: “Eso es, se mueve como un reptil, un lagarto.” Estaba pensando acerca de los lagarto caimán que a menudo había visto en las montañas de California. Ellos se movían de la misma manera brusca. Había también una característica reptilínea en la frente del hombre.

Él caminó hacia nuestro vehículo mientras yo me bajaba. Extendió su mano mientras se aproximaba a mí. Me las arreglé para decir: “La paz sobre ti” mientras tomaba su mano huesuda y fibrosa. En el momento en que toque su piel tuve una sensación espantosa. Interiormente me repugnaba lo que sentía. Percibí algo que, estaba seguro, solo debía ser mi imaginación. Sentía, mientras estrechaba su mano, que el hombre disfrutaba torturando gente y que está mismísima mano que yo sostenía había infligido esa tortura en gran medida. Pensé: “estoy cansado” y luego musité: “esto es una locura. He estado en este país demasiado tiempo”.

Él hombre dijo, en un inglés pobre y pronunciando lentamente mi nombre para enfatizar cada sílaba: - Señor (sic) Darr, lo hemos estado esperando. Por favor sígame.

Asentí con la cabeza y rápidamente volví al vehículo. Yo estaba reaccionando en forma tan extraña que en verdad no quería hablar con él. Seguimos su jeep por otros dos o tres minutos cuando de repente hubo una explosión delante nuestro, no lejos de la carretera. Asaf detuvo el vehículo y apagó las luces. Él sabía que hacer en estas situaciones; reaccionó de inmediato de modo que no nos convirtiéramos en blanco.

- ¡Bájate, Sikandar, bájate! –gritó Asaf.

Escuchamos disparos y gritos provenientes de las casas que se estaban quemando en el lado derecho de la carretera. Esperamos varios minutos y al final hubo silencio. Vimos algún movimiento y nos dimos cuenta de que era el hombre lagarto y algunos otros hombres uniformados que salían de la oscuridad. Se aproximaron a nuestro vehículo trayendo a alguien. Cuando estuvieron más cerca pude ver que era una niña, probablemente de seis años de edad.

- ¿Qué sucedió? ¿Qué está pasando? –Pregunté.

El hombre lagarto gritó:

- ¡Son esos asesinos! ¡Esos asesinos! ¡Mira lo que han hecho! ¡Ellos han matado a familias allí! ¡Esos asesinos!- Él seguía gritando “esos asesinos” y me di cuenta de que estaba hablando de los mujahidines.

- ¡Mira a esta niña! ¡Su familia ha sido asesinada! Ven conmigo y míralos. ¡Yacen ahí, muertos y quemados!

La niña estaba consciente. Sus ojos tenían la mirada ausente y ella no parecía para nada histérica. Entonces advertí que un pedazo de carne faltaba de su hombro, en la parte superior de su brazo. Era una herida grave. Mi mente se aceleró. No creía a este sujeto. En su voz escuché la mentira. Él estaba sobreactuando con sus gritos y sus gestos. Sabía que estaba mintiendo. Solo una hora antes los mujahidines me habían prometido, bajo amenaza de su comandante general en la región, Hafizullah Arbab, que no habría combates mientras entrábamos a la zona desmilitarizada. Lo miré con disgusto.

Él reaccionó ante mi mirada:

- ¿Qué? ¿Tú no quieres ver lo que esos asesinos han hecho? Tú estás con las Naciones Unidas. ¡Tú debes venir y ser testigo de lo que estos asesinos han hecho!

Advertí una pistola en su cinturón. De repente una vívida imagen pasó por mi mente. Estaba agarrando su pistola, apuntándola a su cabeza de reptil, y reventándolo. Deje escapar un grito mientras me daba la vuelta y volvía a nuestro vehículo.

- ¡Aaahh! ¡Llévame a la ciudad! ¡Llévame a la ciudad ahora!

El hombre lagarto detuvo su juego. Él vio que no iba a lograr nada y reasumió la postura que había tenido cuando lo vi por primera vez. Él y sus asistentes murmuraron entre sí durante uno o dos minutos y retomaron el viaje. Sentía el corazón destrozado

mientras pasábamos por las casas que se estaban quemando. Tiempo después entramos a la ciudad propiamente dicha. Esperé en el vehículo mientras el hombre lagarto salía y hablaba con alguien en uniforme. El hombre se me acercó y me ofreció su saludo oficial.

Mezclando unas pocas palabras de inglés con su persa, dijo:

- Bienvenido a la ciudad de Maimana, respetado *Aghaaye* (Señor) Darr. Soy el asistente del alcalde. Le damos la bienvenida y queremos honrarlo. Hemos organizado una cena para celebrar su llegada a nuestra ciudad.

Me sentía asqueado. No sabía que decir o hacer. Supe que no podría cenar con ellos.

Dije débilmente: - Gracias por su bienvenida. Esta noche no estoy de humor para verlos a ustedes o a su asamblea. Acabo de ser testigo del asesinato de vaya a saber cuanta gente. Quiero ir a mi alojamiento ahora.

El asistente del alcalde miró a sus compañeros y parecía inseguro acerca de que decirme

Él lo intentó de nuevo:

- Oh por favor, *Aghayee* Darr, hay mucha gente que quiere reunirse con usted. Debe estar hambriento. Por favor venga y coma algo con nosotros.

- No tengo apetito en absoluto. Por favor lléveme a mi alojamiento- Di una última mirada injuriosa al hombre lagarto. Se mostraba totalmente calmo, pero aún se desplazaba con movimientos bruscos, mirando de lado a lado, con sus pequeños ojos escudriñando. Nunca antes y nunca después he visto a alguien como él.

Los asistentes del alcalde me llevaron a mi habitación y me encerré allí. Les pedí que le dieran la mejor comida y alojamiento a mi chofer Asaf. Ellos dejaron algo de comida en mi puerta, pero yo no podía comer. No dormí bien esa noche. Por la mañana temprano pensé sobre todo lo que había pasado. Pensé que no era la persona idónea, desde el punto de vista emocional, para este trabajo. Sabía que muy bien podría haber matado al hombre lagarto si hubiese tenido un arma, y que difícilmente esa era la forma en que un diplomático debería reaccionar. Pero por el momento, yo era un diplomático en Afganistán. Tenía que hacer esto. Tenía que hacer que esto funcionase. De alguna manera, yo tenía que dejar de lado mis sentimientos para ser capaz de hacer mi tarea, lograr llevar alimentos a esta área. El sol se levantó e iluminó la habitación. Recé a Dios pidiendo guía y apoyo y me comprometí, de alguna manera, a realizar mis obligaciones.

Después de lavarme y vestirme, salí al jardín situado en el exterior de mi habitación. Las rosas estaban floreciendo y una pareja de pájaros cantaba. El guardia desapareció para comunicarles a mis anfitriones que yo estaba levantado.

Unos pocos minutos más tarde me saludó el asistente del mayor:

- Buen día, *Aghaaye* Darr. Espero que haya pasado la noche bien y en paz- indagó no muy convencido.

- Buenos días, señor. Lamento informarle que no dormí bien. Espero poder descansar más tarde. –Le respondí.

Un poco más tarde, tras el desayuno, me llevaron a la oficina del alcalde y me reuní con varios funcionarios. Ellos podían ver que yo aún estaba disgustado, a pesar de mis intentos de ocultarlo.

El alcalde dijo:

-Respetado *Aghaaye* Darr, estamos agradecidos por su presencia en Maimana. Han pasado años sin que tengamos aquí a un representante de la ONU para que nos ayude con nuestros problemas. Sería un honor para nosotros mostrarle nuestra la ciudad.

- Gracias, señor. ¿Tienen ustedes un hospital en Maimana? –Pregunté.

- Desde luego, *Aghaaye* Darr. ¿Le gustaría verlo?

- ¿Está en el hospital la niña que vi anoche? –Pregunté.

El alcalde y sus asistentes se miraron unos a otros. Uno de ellos le informó al alcalde en voz baja que la niña estaba allí.

- Sí ella está allí –me dijo el alcalde.

- Entonces me gustaría ir al hospital.

Antes de partir para el hospital, hablé con los funcionarios de la ciudad respecto a los planes de la ONU de traer trigo a la ciudad de Maimana como parte de una estrategia para bajar los precios inflados en los bazares. Afirmé:

- Caballeros, como ustedes bien saben, normalmente las hambrunas no ocurren porque no haya alimentos en absoluto, sino porque el alimento ha sido almacenado y acopiado por mercaderes ricos que esperan un beneficio, o porque el precio de los alimentos sube tan alto que la mayoría de la gente común no puede permitirse comprarlos. Estamos muy preocupados por mantener los costos de los alimentos accesibles para la población en general.

- ¿Entonces como planean ustedes poner en práctica este proyecto? –preguntó el alcalde.

- La Oficina del Coordinador para Afganistán de las Naciones Unidas, UNOCA, ha decidido que debemos hacer llegar alimentos a todas las áreas afectadas por la hambruna. Nos gustaría traer cientos de toneladas de trigo a la provincia de Faryab. Parte de este trigo nos gustaría distribuirlo en Maimana, y parte de él lo necesitamos para entregarlo directamente en las aldeas de las áreas periféricas.

Los oficiales se miraban el uno al otro con disgusto.

El alcalde dijo:

- *Aghaaye* Darr, no podemos aceptar que el trigo llegue a Maimana para ser distribuido a esos combatientes asesinos en las afueras de nuestra ciudad. Esto solo los haría más fuertes.

Ahí estaba otra vez esa palabra: “asesinos”. Él estaba, desde luego, refiriéndose a los mujahidines.

Dije al alcalde:

- Señor respeto su opinión, pero debemos ser capaces de hacer esto a los efectos de evitar un desastre a gran escala. Usted debe reconsiderar su opinión para permitirnos hacer nuestro trabajo. En las Naciones Unidas tenemos mucha experiencia acerca de las hambrunas en todo el mundo. A menudo las hambrunas tienen lugar en zonas de guerra. Nosotros tenemos experiencia en este tema y sabemos como se puede ayudar a la población sin vernos involucrados en los asuntos políticos y militares.

Otra vez el alcalde y sus asistentes se miraron en silencio unos a otros. Para mí era obvio que hasta ese momento nadie desde el exterior había cuestionado su autoridad de esa manera. Se habían quedado tan absorbidos por los años de lucha contra su enemigo, contra el despreciado “otro”, que no podían concebir un plan en el que toda la población se beneficiaría simultáneamente.

El alcalde dijo:

- Respetado *Aghaaye* Darr, nosotros debatiremos esto y le haremos conocer nuestra decisión al respecto. Déjenos ofrecerle nuestra hospitalidad y mostrarle la ciudad.

Dejamos el asunto en suspenso. Tiempo después averigüé que, como en Sheberghan, era casi imposible llevar alimentos a las aldeas situadas alrededor de Maimana y

controladas por los mujahidines. La demora y el saqueo de nuestros vehículos ocurrieron a pesar de las promesas del alcalde y de otros funcionarios de cooperar con los esfuerzos de asistencia de las Naciones Unidas. Los funcionarios de Maimana veían la operación de asistencia como una posibilidad de tentar a las personas de las aldeas hacia la ciudad en busca de comida. Esperaban ganarse el respeto y la adhesión a la causa Marxista.

Mi pena por los acontecimientos de la noche anterior era un nudo en mi garganta mientras caminaba alrededor de la ciudad de Maimana con sus funcionarios. La ciudad tenía un aspecto bastante gris después de una década de lucha y aislamiento del resto del país. Incluso el aeropuerto había sido cerrado desde hacía algún tiempo porque ahora los mujahidines tenían misiles Stinger suministrados por los Estados Unidos.

Mi corazón dio un salto cuando de repente reconocí a un par de conocidos caminando por la carretera. Ellos eran afganos uzbekos con los que me había encontrado en Peshawar. Dos años antes ellos se habían presentado como combatientes de una fuerza mujahidin que trabajaba con el Comandante Hafizullah Arbab. El comandante Arbab tenía el control de gran parte del territorio alrededor de Maimana. Yo no comenté nada respecto a que conocía a esos hombres por temor a ponerlos en peligro. A su vez ellos me ignoraron. Unos pocos días después cuando estaba con el Comandante Arbab, le pregunté acerca de mis conocidos y me dijo que se encontraban en una misión, haciéndose pasar por civiles.

Finalmente esa tarde me llevaron al hospital para ver a la niña herida. Me permitieron ir a su habitación con solo una enfermera acompañándome.

- La paz sea contigo –le dije a la niña-. Ella yacía inmóvil en la cama mirando al espacio. Sus ojos se enfocaron en mí cuando entré a la habitación y comencé a hablar con ella. Ella no respondió a mis saludos con palabras pero me miró en forma suplicante y obviamente sentía un gran dolor físico y emocional. Pienso que de alguna manera ella comprendía la situación y a pesar de su trauma, probablemente recordaba mi reacción la noche anterior cuando la habían llevado para que yo la viera.

- Lo siento mucho –le dije-. No sé que otra cosa decirte-

Las lágrimas brotaron de mis ojos. Mi propia rabia y pena se ocultaban en mi rostro. Pasé tiempo hablando con la enfermera al lado de la cama de la niña. Aparentemente ella iba a quedar bien. Pregunté acerca de su futuro. La enfermera me dijo que los parientes de la chica ya habían venido a preguntar por ella. Dijeron que se la llevarían cuando estuviera lo suficientemente bien como para dejar el hospital.

La niña me observó cuidadosamente. Ella vio mis lágrimas y comenzó a llorar. Miré su cara encantadora y me pregunté si alguna vez ella volvería a sentir la alegría de una niña.